



Cultura Obrera



EDUCACION

ORGANIZACION EMANCIPACION

Periódico obrero, de doctrina y de combate

Published every Saturday at 119 Charlton St., New York, N. Y. by Círculo de Estudios Sociales

P. ESTEVE, Editor
119 Charlton St. New York City

VOL. III. NUM. 108.
New York, N. Y. 8 Mayo 1915

One Year \$ 2.00
25 Copies \$ 0.50
Single Copie \$ 0-05

ENTERED AS SECOND-CLASS MATTER APRIL 11, 1914 AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, N. Y., UNDER THE ACT OF MARCH 3, 1879

¡Distinganse, compañeros de fatigas y de esclavitud!

Unos hombres, colocados en el pináculo gubernativo, porque así les plugo, declaráronse guerra. Y mandaron a destrozarse a gentes que ni se conocían, ni sabían unos de la existencia de otros. Lo mandaron los de primera, los tercera tuvieron que obedecer. Y el gran público mundial tomó la parte de unos u otros y lee con fruición, se deleita, goza con los relatos de matanzas horripilantes. Suman ya millones los invalidados.... Pero son casi todos de tercera; los de primera caídos son pocos, y fueron en busca de ascensos y honores.

En un buque, que es un palacio flotante para los de primera, embarcáronse algunos de éstos por gusto, o por negociar con la gran matanza, y antes de llegar a puerto mandoles al fondo del mar un de los brutos galoneados tenidos por héroes.... y el gran público mundial se emocionó, e indignado clama. Naturalmente, ¡los ahogados eran casi todos de primera!

¿Cuándo los de tercera se emocionarán, indignarán, clamarán contra la matanza que a diario se efectúa con los suyos en los campos de batalla dando el ¡alto! a los de primera? ¿Hasta en el sentimiento irán siempre los indigentes a remolque de los sacios? ¿No querrán los ilotas salir jamás de la condición de hinoptizados que rien o lloran, trabajan o huelgan, matan o salvan a deseo de los señores?

Un buque de voluntad propia, compañeros, y distinganse de sus acérrimos enemigos. No olviden los miles de tercera que, sin haberlo buscado, se sepultan bajo tierra desde hace meses todos los días en holocausto al becerro de oro, para recordar y llorar a unos cuantos de primera que engulló el océano yendo en busca de placenteras sensaciones. Dejad que los ricos sientan duelo por los ricos; pensemos nosotros en sacudirnos la pobreza, la mental y la material, adquiriendo personalidad, luchando contra los embaudos y volviendo en sí a los sugestionados.

¡LIBERTAD!

En todos los hombres, no degenerados por la esclavitud, arde latente el deseo de libertad, el ansia sagrada de sentirse dueño y señor de sus actos, soberano de sí mismo. Desde que la historia registra los primeros hechos, se puede comprobar que la humanidad ha corrido, ensangrentado muchas veces sus caminos en pos de la Dulcinea hermosa, de la tierra maravillosa, donde la vida no ha de verse sujeta por trabas, ni el pensamiento por taras fiscalizadoras.

La libertad ha sido y es el sueño del poeta, la diosa inspiradora del artista, la fantasía arrobadora del músico, el ideal esperado del paria.

La cantó y la canta uno en estrofas vibrantes, la encarnó el otro a golpe de cincel sobre el duro mármol; la expresó aqueste en la armonía del pentágono, dió su vida por ella el rebelde en la barricada.

Pero hasta hoy la humanidad, equivocando los senderos, perdida la ruta, ha extraviado constantemente en su busca febril; ha sacrificado sin alcanzar (marino con carta falsa) la costa deseada, la tierra feliz, tantas veces soñada.*

¿Por qué? Porque erróneamente habíase hecho de la libertad algo metafísico, sobrenatural y divino. La puso el creyente en la vida ultraterrena, el pensador en conceptos especulativos, el esclavo insurrecto en palabras sonoras bordadas sobre banderas y pendones; todas fuera de la vida, muchos contra la vida.

Así muchas veces el pájaro humano, cobarde al aire, cortose las alas, creyendo de tal modo alcanzar la independencia contra la ráfaga.

Dios, Derecho, Ley, todas estas abstracciones han representado para los hombres la Libertad; todas ellas le han engañado como brillantes espejuelos de colores.

Empeñáronse los hombres en ser libres esperando su libertad de otros; empeñáronse en hacer de su anhelo una aspiración no relacionada con la material de la vida, y de ahí que el deseo continúa ilogrado; deseo y nada más.

¿Es acaso que, aun actualmente, el verdadero concepto de la liberación no se ha encontrado? ¡Sí! Resultado racional y lógico de la evolución humana, el verdadero concepto de la libertad ha sido formulado; y la gloria de ello corresponde a la escuela, al partido anarquista.

Fuera de toda extracción sobrehumana, contra toda divagación metafísica, que castra las mejores energías del ser y anula su personalidad; partiendo de comprobaciones histórico-científicas, los anarquistas aseguramos: «libre es el ser que no siente absolutamente sobre sí extraña presión; libre es el ser que, por una comprobación razonada de los fenómenos sociales y de los fenómenos naturales; hasé despojado de ridículos miedos y de enervadores respetos; el hombre que cree en una voluntad suprema y creadora, dueña de lo absoluto y lo infinito, no es libre; el hombre que confía a otros la administración de su vida es un esclavo; quien acata el ajeno mandato sin discutirlo, es un maniatado de la mente.

Por esto los anarquistas laboramos por instaurar un sistema social que asegure a cada individuo, no como limosna, ni como arbitrario producto de la rapiña, sino como compensación directa de sus esfuerzos, el pan de cada día, pues quien de otro depende económicamente, no pasa de siervo infeliz.

Puede un harto estar esclavizado; pero ningún hambriento puede ser totalmente libre.

P. PALOMERO.

NUESTRA VOZ

Desde que se recibiera el primer parte acerca del hundimiento del Lusitania, todos los periódicos, dando de lado las demás cuestiones, han dedicado sus columnas enteramente a comentar la horrosa hecatombe que sepultó en el hondo océano centenares de hombres, mujeres y niños.

Variados en su forma, y más o menos enérgicos y apremiantes, todos los rotativos han dado a sus escritos un fondo igual de indignada reprobación contra los bárbaros autores de la terrible hazaña, que ha llevado el luto a muchos hogares, la desolación a muchos corazones y el espanto a todo el mundo civilizado.

Todos a una, los grandes y pequeños «papeles» burgueses, piden con letra de pulgada el exterminio de los alemanes como pena merecida por su inicua proeza.

Y entre todos, no hay uno que diga con entera franqueza la verdad, toda la aterradora verdad de las cosas.

Nosotros, anarquistas, y por anarquistas despojados de todo prejuicio patriótico y de todo interés en favor de ésta o la otra parte, estamos seguros de poder dar un más claro juicio acerca de este «incidente», que los ofrecidos por todos los periodistas arregladores de la pública opinión.

Y nosotros, sintiendo tanto como el que más el dolor de la horripilante tragedia, no vemos, sin embargo, motivo alguno para que, a consecuencia de ella, se pretenda (¡oh, lógica!) mandar al asesinato miles y miles de hombres más.

No vemos tampoco razón alguna para que chillen tan alto los guerristas que proclaman la necesidad de sostener ejércitos y flotas; los inflamados cruzados que ansian ver cubiertos los campos con muertos de tal o cual bandera.

No vemos tampoco razón alguna para que se lllore a Vanderbilt y a todos los señores pericidos, tenedores muchos de ellos de acciones en las fábricas de armas americanas, donde se fabrican los instrumentos de muerte que asesinan diariamente a infinidad de hombres; cuyas remesas de material hacen posible la prolongación de la presente gran vergüenza europea.

«War is war» ha dicho con lógica aplastante de salvaje un arrastra-sable germano a un corresponsal de periódico. Sí, la guerra es la guerra; la guerra es todo eso: el aniquilamiento de los hombres, de las mujeres, de los niños; la destrucción de toda humana labor.

Los que aman la guerra, los que encienden en los tiernos cerebros infantiles el fuego de la pasión patriótica; los que reverencian un trapo de colores, y proclaman la santidad de las fronteras nacionales, no tienen derecho a levantar la voz en contra de lo que ellos ayudaron a levantar.

«¡Ah!—se nos dirá—pero es que ahora se trata de inocentes, de no combatientes, de infelices mujeres e indefensos niños...» Cierto, pero ¿no son también inocentes los pobres campesinos de Polonia incorporados por la fuerza en los ejércitos, los niños belgas, turcos o rusos dejados en la orfandad; las pobres mujeres de cualquier parte que sean, obligadas a huir del país devastado o sepultadas entre las ruinas de sus hogares destruidos?

Y ¿no son indefensos, dignos de lástima inmensa, los pequeños infantes educados en la doctrina del odio al extranjero, preparados así para ser mañana carne de cañón o bayoneta?

«War is war.» Es la locura homicida del hombre bestia, es la negación de toda razón, el anulación de todo sentimiento noble y digno.

Los que siembran los vientos del odio, han de aceptar y afrontar las tempestades del salvajismo. Quien siembra la semilla envenenada del nacionalismo, ha de morder el nocivo fruto de la muerte.

Esos padres que compran cañones y soldados a sus pequeñuelos para que jueguen al ¡pum! ¡pum! esos escritores que exaltan a la menor ocasión el sentimiento popular en nombre de la «gloriosa patria»; esos políticos que hacen del menor acontecimiento una fiesta patriótica, todos esos, malvados o ignorantes; ¿por qué gritan ahora cuando unos hombres educados por sus maestros, exaltados por sus periodistas, animados por sus políticos y criados por sus padres en el error y la mentira patrióticos, llegan al crimen cumpliendo fielmente lo que desde chiquitines se les encomendó?

Son cobardes profesores que se espantan de los resultados que sus doctrinas dan.

Nosotros sí podemos gritar; tenemos todo el derecho para hacerlo porque luchamos constantemente contra todas las guerras, porque constantemente predicamos la necesidad de acabar con todos los divisionismos entre los pueblos; porque queremos romper todos los fusiles, todos los cañones, destruir las fortalezas todas.

Y lloramos, no por los pasajeros de primera, que tienen mucho quien los lllore, que solo por placer o fanfarronería fueron a bordo del barco hundido; sino por nuestros hermanos y nuestras hermanas a quien la necesidad obligó a cruzar los mares (pues jamás los pobres viajan por placer), ya prensados como sardinas en los sucios compartimientos de tercera, ya disputando al trabajo un mendrugo de pan frente los ardientes hornos o sobre la cubierta barrida por los vientos y las olas.

Lloramos por ellos, como lloramos por todos los trabajadores caídos en cualquier lugar de la contienda; lloramos porque son de nuestra familia, porque son de nuestra sangre y de nuestra carne.

Pero nuestro llanto no es llanto de castrados; lloramos, pero con nuestras lágrimas van nuestras maldiciones, va nuestra repulsión contra todos los propagadores de rivalidades, contra todos los criminales que ponen en el corazón de los hombres el maldito germen del nacionalismo.

Y va más que nuestra maldición, va nuestra propaganda constante, nuestra tarea de todos los momentos, que se dirige, haciendo luz en los cerebros y poniendo amor en los corazones, al derrumbamiento de todas las barreras, al aniquilamiento de todas las fronteras, a la fraternidad universal.

Jorge GALLART.

NUESTRA FIESTA

Resultó espléndida desde todos los puntos de vista. Moralmente, porque en ella se dieron cita y fraternizaron viejos y jóvenes compañeros, y también buen número de compañeras. Artísticamente, porque cuantos contribuyeron con sus dones y sus estudios a dar realce a la fiesta, se esmeraron de verdad. Ensanchaba el corazón ver lo que, somos ya capaces de hacer los trabajadores. Ni un solo número del programa estaba a cargo de profesionistas, eran todos dilettanti, movidos del amor al arte o al ideal, buscando sólo la propia satisfacción y la de los compañeros de fatigas, y declamaron, cantaron, tocaron, recitaron, pudieron hacerlo artistas. Materialmente, porque habrá sido una buena ayuda a nuestro periódico, al periódico de todos los que anhelan elevar a los trabajadores al nivel que les corresponde.

Estas fiestas debieran realizarse a menudo, no de tarde en tarde. Es tan pesada nuestra vida, está tan falta de atractivos, que para olvidar los sinsabores, las penas, recórrase a las diversiones que la burguesía nos ofrece, envenenadoras todas. Nos hace reír ridiculizándonos, nos hace llorar pervertiéndonos. Infiltra, dulcemente, en nuestro cerebro ideas, sentimientos que nos encadenan a la recua de los sumisos, de los sufridos, de los estultos. El alcohol anquila menos que las enseñanzas que nos propinan en vueltas en esplendores de escenografía.

Solo nosotros mismos, con fiestas como la organizada por el grupo Cultura Obrera, podemos deleitarnos e instruirnos al mismo tiempo. Escuchando arengas como la del Extranjero y frases de aliento como las de Ida del Primero de Mayo, diatribas como las de Julián de Fin de Fiesta; oyendo armoniosos himnos revolucionarios y enardecedoras poesías y razonados discursos, se fortalece la mente y conforta el corazón.

Además, viéndose, conociéndose, ayudándose los compañeros se hacen menos fáciles las debilidades. Bastó en ella que un compañero recordara que en la cárcel dos cándidos jóvenes necesitaban del apoyo de sus hermanos los trabajadores para romper o doblar las mallas en que les enredó un canalla y mantiene la injusticia dominante, para que se recogieran veintidos pesos y centavos, que han sido ya entregados al Comité correspondiente, según recibo que obra en nuestro poder.

Es decir, que además de recrearnos, instruirnos, ayudar a la publicación del periódico, dimos la mano para ayudar a levantar dos caídos. Solidaridad, propaganda y diversión al mismo tiempo. Esto es lo que necesitamos y podemos darnos siempre que queramos, ya que elementos tenemos para ello.

El Círculo de Trabajadores no nos negará seguramente su local, que tan galantemente se nos ha cedido siempre que lo hemos pedido, ni nos faltará la cooperación de Figueras, Tamargo, Iglesia, Nogués y García de la Sección de Declamación, que con tanto cariño representan nuestras obras, y con gusto Sanfilippo y el coro nos deleitarán con sus melodiosas voces y afinadísimos cantos. Son todos trabajadores que podrán no pensar exactamente como nosotros, pero como nosotros quieren, ansían, elevar el nivel moral de los trabajadores, y placenteros se desvelan para lograrlo. En cuanto a la compañera Thompson, los niños Esteve, Capraro, Gallart, Palacios, Fernández nada hay decir. Son de casa y tienen que hacerle los honores de buen grado siempre.

¿A cuándo, pues, la próxima?

Otra más.....

Y van unas cuantas. A pesar de los sagaces Polignani, y quizás a consecuencia de los asquerosos espías cuyas canalladas no pueden por menos de levantar la indignación en los pechos honrados, la dinamita sigue mostrándose irrevocablemente contra los edificios sagrados donde los gangs políticos, gubernamentales o judiciales, se reúnen para engañar, robar o sumir en la cárcel a los trabajadores.

El lunes, se cayó un ala del municipio en el Bronx; no nos importa saber quien lo empujó; pero puesto que somos rebeldes, y allí tiene cuarteles la tiranía, solo sentimos que no se cayera todo el cuerpo.

La esclavitud del obrero

Mirad la suerte del trabajador. Nace y en el nido de su cuna apenas tiene el calor maternal, porque su madre está alejada del hogar y adherida al taller. Crece sin instrucción y sin escuelas. Apenas salido de la infancia, cuando necesita aire, luz, movimiento eterno penado! lo entregan al trabajo forzoso. Funda una familia tan desgraciada como él. Tiene hijos y no puede educarlos ni mantenerlos. Llega a la vejez. ¡Ay! está inválido, no cuenta con ahorros, y la implacable sociedad lo entrega, como los antiguos entregaban el esclavo anciano al hambre, lo entrega a la muerte en la desesperación y en la miseria.

No hablaré de las señorías y otros restos feudales. Todavía en nuestras costas hay una cadena de siervos, no del terruño, sino del viento y de las olas. Todavía existen las contribuciones indirectas, que vienen a ser contribuciones progresivas sobre la miseria. Todavía se discute si debe prohibirse una Asociación cuyo único esfuerzo es mejorar de esta o de otra suerte las condiciones del trabajador. Todavía hay un artículo en el Código penal mediante el que se castiga el coaligarse para tratar de subir el precio del trabajo, como si el trabajo no fuera una propiedad. Pero el propietario puede usar y abusar de su propiedad, y no lo puede hacer el trabajador de su trabajo. ¡Qué horrible iniquidad!

Haría mal, y en conciencia y en razón ¿no sería el último de los hombres si arrojase frases huecas al pueblo para excitar su hambre, y en el día del triunfo le dijera: «Yo no tengo que dar más que la libertad?» Pues no, no tengo más que darle, o no puedo dar al pueblo más que su derecho. Su redención debe depender de sus esfuerzos.

Emilio CASTELAR.

Redentora

No puede negarse que en las filas obreristas se sigue en progresión (pese a los míopes de tercer grado) y que la pujanza es efectiva sin que los armados ni las fuerzas públicas puedan obstruir la marcha de las reivindicaciones proletarias.

Ya se sabe cada día más y mejor que el idealismo dignifica, aumentando consecuentemente los pensamientos libres de la colectividad, la cual tiene de optar por el verdadero régimen exhausto de prejuicios determinándose de todo esto la lucha de los esclavos contra esclavizadores para alcanzar el conquistado lugar de la paz designado a los plebeyos.

Es muy natural admitir que una nueva implantación tiene de ser proclamada por abnegación convincente de la clase que hoy sufre y por esto la propaganda constante esparciendo la redentora semilla de un ideal libre que tendrá de admiración el aplomo del género humano.

El enjambre formidable de la producción, razonando con sus sentidos morales y humanos, se verá residir en una cumbre adorada que al fin pudo escalar vencida la oposición que sostuvo el gran período inhumano.

Las luchas como las ideas forman su purificación en el gran crisol de la conciencia de los seres vivos de la creación, cuales sin reparos ni temores supersticiosos admiten la lucha final empezado por destruir templos de adoraciones religiosas, efeculos burgueses, formando barricadas de defensa con santos, órganos de iglesias, bancos, altares, confesionarios, incensarios, sotanas, crucifijos y gorros de tres y cuatro picos, construyendo con todo esto una pirámide de artefactos puestos en uso desde el pillaje vetusto de la adoración de mitos en santuarios y modernos templos, desde donde se rendía el mayor grado de servilismo, corrompiendo a la mujer, al niño y al hombre, haciendo con santidad postarse cabizbajo y de rodillas a los idólatras sumisos al temor de un dios poderoso pintado en oscuras escrituras para atemorizar inocentes criaturas.

Todos esos temores pasan volatizados al lugar de la realidad; por el derecho del buen vivir alejado de prédicas y aleyuvas, se acata la resistencia, llegando a la violencia (a fé de defensa) saqueando lo necesario en armerías y cuarteles arengando al soldado ofreciéndole un puesto entre los suyos, para juntos sostener el nutrido fuego e incendiar archivos, iglesias, magistraturas, conventos y cuarteles y reducir a cenizas los códigos, la biblia, crucifijos, edíficos y copones, con los cuales han apurado la sangre del pueblo mártir clavado en la cruz y sobre su cabeza el anatema o estigma: «¡Iní!»

Boston, Mass.

Acacio Amor.

El aldeano tiene que vender su camisa para pagar los tributos, darle parte directa al dominio directo; luchar a brazo partido con el cacique, que le exige lo que quiere; con el secretario del Ayuntamiento, que llegó en cueros y hoy gasta coche y vive con lujo y edifica casas en ciudades y villas, y con los escribientes, recaudadores, agentes, curiales, y demás chusma que vive y triunfa a costa de ese fella esclavizado, de ese colono irlandés, de ese siervo de la gleba, ¡qué digo siervo! de ese esclavo romano que, a semejanza de él, solo trabaja y produce para el señor, para el amo; esto es, para el Estado y para el cacique.

DE TIERRA ADENTRO

Hombres sin prestigio

Me veo precisado a dar este título a esta mi humilde crónica, pues como voy a tratar de la conducta de algunos españoles que desconocen en absoluto la dignidad, el prestigio, el compañerismo y el amor a sus semejantes; no hallo otro más apropiado para este asunto.

Pues bien, los señores a quienes me refiero, son muy conocidos por los españoles que nos dedicamos a trabajar en fundición de zinc: ¿sus nombres? Francisco M. Bango (a) «Pandereta» y otro Ramón G. Villa (a) «Oreja».

La historia de estos señores es bastante negra desde que se les conoce entre la clase trabajadora, pues tanto en España como en ésta, solo han sabido captarse la antipatía de sus compañeros por sus modales impregios y proceder de vampiros.

Para que el lector pueda formarse una idea de lo que estos señores son, haremos un pequeño relato de lo que ocurrió con los trabajadores de la fundición de Cherryvale. El día 11 de Marzo del presente año, se reunieron los obreros de dicho lugar, con el objeto de pedir aumento de sueldo en vista de que los artículos de primera necesidad, a consecuencia de la guerra, habían subido. En esta asamblea se acordó nombrar una comisión compuesta por españoles e hijos del país, con el fin de entrevistarse con el Superintendente de la Compañía y pedir el aumento de un 40 por 100 sobre el jornal que percibía cada uno; dicho señor contestó que haría presente la petición al Gerente y que éste resolvería el asunto. El día 14 del mismo mes llegó a Cherryvale el Presidente de la Compañía y solicitó la presencia de la comisión para conocer personalmente las aspiraciones de los obreros; una vez enterado y comprendiendo las razones que les asistían, les prometió aumentar 25 centavos de jornal a cada uno exceptuando a los «scane-boys»; a éstos solo les daba 15.

La comisión dio cuenta de la concesión hecha por el patrono a los obreros, los que, reunidos en asamblea magna, acordaron aceptar por unanimidad.

Hay que anotar que el asesino del pobre «Campana» y el repulivo «Oreja», apesar de no asistir a ninguna de las reuniones por temor a que los dejaran sin trabajo, vieron con muy buenos ojos las concesiones hechas por el propietario y uno de ellos tuvo el cinismo de decir que gracias a su influencia se había logrado el aumento; ¿se quiere mayor sarcasmo?

La concesión hecha a los obreros de Cherryvale pronto repercutió en las demás fábricas de otros pueblos, pues sin que los obreros de las mismas hiciesen petición alguna, secundaron la noble idea de aumentar el jornal por creerlo justo y razonable. El cronista felicita por este medio a los dignos trabajadores de la fundición de Cherryvale, tanto españoles como del país, pues ellos y nadie más se merecen la gloria por la prueba de civismo que han dado en esta ocasión.

Llevados a feliz término todos estos acontecimientos, es justo que haga notar un percance ocurrido en el mismo pueblo de Cherryvale y a los pocos días de haberse resuelto el conflicto que dejo mencionado.

En dicho percance se verá que aparecen las siluetas de los malvados «Pandereta» y su colega «Oreja».

El día 19 del mismo mes de Marzo surgió un disgusto entre un trabajador español y uno del país en dicho pueblo de Cherryvale; el origen de la cuestión no creo necesario mencionarlo; sólo diré que el americano llevó la peor parte (alguno había de perder). El español y sus dos hermanos, que según parece también habían tomado parte en la refriega, no quisieron esperar el resultado de los acontecimientos y se dieron a la fuga; mas, no se hicieron esperar mucho las autoridades para proceder a su captura, cosa muy natural y que a nadie sorprendió; pero lo que asombró a los españoles con buenos ojos fue la detención de un pobre muchacho que solo había cometido el delito de trabajar en el mismo horno. Pues bien, solo por esta causa fué esposado y conducido a la cárcel, donde permaneció por espacio de cuatro días, viéndose obligado a prestar la fianza de \$100 para poder gozar de libertad provisional; los protagonistas del suceso prestaron también la de \$500 para gozar de la misma.

Relatemos ahora lo que ocurrió el mismo día del disgusto.

El reverendo padre cura católico de es-

ta localidad, citó al elemento del país, proclamándose el presidente de la asamblea, para protestar de lo ocurrido culpando siempre a los españoles y según lo publicado por algunos periódicos, propuso cosas indignas de quien Apostol de Cristo se llama.

El cronista protesta contra la conducta de párraco tan indigno de llevar sotana. ¡Presidir un siervo del Señor un mitin donde se propone quemar a seres humanos cuando éstos se hallan durmiendo! No, Padre, la Inquisición, a pasó a la historia como pasarán las doctrinas católicas de seguir en manos de crin nales como las tuyas.

Los proyectos del párraco y sus satélites se estrellaron contra la buena conducta de los honrados españoles, pues el pueblo se negó a secundar su obra y el presidente de la Compañía, con su carácter de hombre severo y recto en sus negocios, dijo que estaba sumamente satisfecho con la conducta del trabajador español y que no veía motivo alguno para que fuesen expulsados de la fábrica, por lo tanto, que siguieran trabajando sin que ocuparse de amenazas ni hechos que no habían de cumplirse.

Mientras el cónsul español de New Orleans y el presidente de la Compañía arreglaban este asunto, los españoles de Cherryvale celebraron dos asambleas consecutivas: a la primera no asistieron los detestables «Pandereta» y «Oreja»; a la segunda asamblea asistió el Bango (a) «Pandereta»; se dio cuenta de que el representante de la Compañía iría a Cherryvale a arreglar de una vez el asunto y en vista de esto se nombró una comisión para que llevara ante él la representación de los españoles y le expusiera las quejas; para formar parte de esta comisión se nombró al impenitente «Oreja», el cual se negó rotundamente a aceptar el cargo alegando que a él poco se le importaba todo cuanto ocurría; que él renegaba de todos los españoles y que sus amistades le constituían los hijos del país con quienes no deseaba tener disgustos de ninguna especie.

¡Bravo, «Oreja»! Merece una estatua quien con nombre tan adecuado te bautizó. La lista de tal negativa, la asamblea acordó nombrar el instrumento más grosero y que más molesta el órgano auditivo: «Pandereta»; fué él el agraciado, el cual, con su delirio de figurar, no puso mientes en aceptar, más, llegado el momento de cumplir su comisión, se negó rotundamente alegando que ya todo estaba tranquilo y que no era necesario correr los trámites que se les habían encomendado, haciendo con ello quedar en un ridículo a todos los españoles de Cherryvale y todo porque los del país le aconsejaron que no lo hiciese porque los perjudicaba a ellos.

El cronista, desde estas líneas invita a todos los españoles a que tomen medidas severas contra la conducta de estos mal llamados obreros españoles y procuren por todos los medios que a su alcance estén, expulsarlos de cualquier lugar donde se hallen, para librar a los buenos del contagio de tan mala semilla.

Agapitosesud.

Mayo 1915.

Dos palabras

En el número 106 de CULTURA OBRERA, últimamente llegado a mi poder, contiene una carta abierta dirigida a todos los españoles y en particular a mí.

Doy, pues, por aprobado cuanto en dicha carta se dice. Todo lo encuentro de lo mejor; la propaganda personal, que un delegado de New York, pago por nosotros, nos visite y organice; muy bien.

Pero lo que no puede ni mente pensar es, que por el periódico no adelantenos nada. ¿Cómo podría yo nunca saber las ideas de Antonio Montes, ni de Barri, de W. Virginia, sino por medio de la prensa? El periódico, el folleto y además libros, que hoy se editan por obreros y para los obreros son, si no todo, la base principal de las organizaciones.

Acudimos a un mitin: grandes discursos oímos; dos horas más tarde, ya no nos acordamos de nada. Pero el periódico, podemos volver a leerlo y nunca se nos olvida. El periódico, en una palabra, hace más propaganda que tres o diez oradores; el orador, no puede en un tiempo, hablar en dos sitios; el periódico, puede a un tiempo ir al más apartado rincón del mundo. Lo dicen los mejores escritores del universo, y yo no puedo negarlo.

Por haber escrito hace días un artículo,

